

pidan recurrir á la superiora, es necesario un permiso expreso.

4.º Algunos teólogos condenan en la práctica todo permiso *presunto*, porque la interpretación demasiado favorable de las intenciones de la superiora podría ser causa de muchos abusos. Sin embargo, se admite el permiso *presunto* para cosas de poca importancia si la superiora no está presente; pero con la condición de decirselo luego y cuando se cree de buena fe que no rehusará el asentimiento.

5.º El permiso ha de ser *voluntario* por parte de la superiora y obtenido sin fraude y sin error; de suerte que si la inferior lo arranca á fuerza de súplicas importunas, quejas amargas, lamentos y lágrimas, más bien es *tolerancia* que *permiso*; si se consigue suponiendo una necesidad que no existe, ó callando alguna razón que probablemente sería causa de que se rehusara, este fraude hace el permiso *nulo*.

6.º Algunas religiosas se equivocan pensando que pueden prescindir del permiso expreso con varios pretextos: 1.º, porque es costumbre en varias comunidades; 2.º, porque algunas hermanas piadosas é instruídas obran así; 3.º, porque, siendo la superiora buena é indulgente, concede todo lo que le piden; 4.º, porque está la superiora obligada á tener en cuenta el mérito y los servicios de la que así se toma el permiso, y, por fin, que lo que se pretende es ventajoso para la casa.

«Discurriendo así se engañan fácilmente—dice el P. Cormier,—pues todas las decisiones pueden cambiar con el tiempo, los lugares y

las personas. En efecto: lo que está permitido en una religión, no siempre lo está en otra, cuyas leyes son más estrechas en lo que se refiere á la pobreza. El que lo haga un religioso virtuoso tampoco puede servir de excusa para hacerlo otro, pues acaso aquél tiene razones particulares para obrar así. Si no las tiene hace mal, y cualesquiera que sean sus antecedentes, con esto no se muestra ni virtuoso, ni digno de imitación. Si un superior por carácter es condescendiente, ó quiere mostrar su agradecimiento por los favores hechos á la comunidad, no puede, sin embargo, permitirlo todo, y tampoco se puede juzgar si concedería permiso en aquel caso. Finalmente, aunque el superior procure el bien del convento y tenga consideración á las personas de mérito, no debe dispensar á nadie de mostrarse buen religioso pidiendo los permisos prescritos por las leyes de la Orden.»

ARTÍCULO CUARTO

Ilusiones sobre la castidad.

Sobre una materia tan importante y delicada expondremos:

- 1.º *La naturaleza y extensión de la virtud y del voto de castidad.*
- 2.º *La belleza y ventajas de la castidad.*
- 3.º *Las precauciones para conservar la castidad.*
- 4.º *Las diferentes ilusiones sobre la castidad.*

I.

Naturaleza y extensión de la virtud
y del voto de castidad.

1. La *castidad en general* es una virtud por la cual se abstiene el hombre de todo lo que es contrario al sexto y nono mandamientos de la ley de Dios.

La *castidad religiosa* es una virtud por la cual se renuncia *voluntariamente y con voto* á todos los placeres carnales, aun á los permitidos en un estado menos santo. Por este voto permanece la religiosa en estado de *virginidad*, y se da á Jesucristo como una joven se entrega á su esposo. Por eso la Iglesia llama á las religiosas *esposas de Jesucristo*.

Una religiosa no puede faltar á la virtud de la castidad sin faltar al voto de castidad, porque el objeto de la virtud y del voto es el mismo, y el voto, lejos de restringir la virtud de la castidad, añade una nueva y más estrecha obligación á la ley general; de donde se sigue que una religiosa que falta á la virtud de la castidad quebranta al mismo tiempo el voto y *comete dos pecados*.

Los pecados contra la castidad, como opuestos directamente á esta virtud, y ya se cometen por pensamiento, por deseo ó por obra, con plena deliberación y pleno consentimiento de la voluntad, son, según el sentir común, *pecados mortales*; no se admite parvidad de materia como en los otros pecados. Los pecados que ofenden *indirectamente la castidad*,

como *miradas demasiado libres, lecturas peligrosas, amistades particulares, familiaridades.....* son pecados más ó menos graves, según que expongan á peligro más ó menos próximo de consentir en los placeres carnales.

2. Por el voto de castidad, la religiosa se obliga:

1.º *A no casarse.*

2.º *A evitar todo acto exterior é interior prohibido ya por el sexto y nono mandamientos de la ley de Dios.*

Si el voto de castidad es *solemne*, la profesada queda inhábil para contraer matrimonio, que sería *radicalmente nulo*.

Si el voto de castidad es *simple*, el matrimonio contraído no sería *nulo*, sino *ilícito*, es decir, culpable y prohibido por las leyes de la Iglesia y por las santas reglas de la comunidad en que ha profesado. En ambos casos la falta encierra sacrilegio, y ordinariamente causa gran escándalo en la sociedad cristiana; es la última y la más espantosa desgracia para una religiosa.

Verdad es, añade el *Directorio espiritual para uso de los trapenses*, que la infeliz que olvida sus deberes hasta ese punto *solicita dispensa* para cubrir su infidelidad y acallar los remordimientos; pero ¡cuán difíciles que tenga razones suficientes para justificarse! Una dispensa obtenida por sorpresa, en vez de aliviar la conciencia, la carga más; bien lo experimenta la culpable, y el mundo mismo no se engaña en eso. La Iglesia no la concede sino con mucha repugnancia.

Ya el voto de castidad perpetua hecho en el siglo, y sin ninguna relación con la vida religiosa, ha sido siempre á los ojos de la Iglesia un estado de vida tan respetable y santo, que *los Soberanos Pontífices se han reservado la dispensa, y no la dan sino por graves motivos*; y con mayor razón cuando á la santidad propia del voto se junta la de la profesión, y la infidelidad para con Dios va acompañada de una desobediencia formal y escandalosa á la Iglesia (1).

Puede suceder que algunas religiosas, por circunstancias ajenas á su voluntad, tengan que volver á la vida secular, y sean dispensadas de los votos de pobreza y obediencia por la imposibilidad material de cumplir las obligaciones que imponen; *pero quedan siempre obligadas al voto de perpetua castidad*; y como las dispensas ordinarias de los votos no alcanzan á éste, para contraer matrimonio sería menester una dispensa especial. ¡Tanto respeta la Iglesia el compromiso irrevocable de este voto! ¡Tan celosa se muestra de conservar al Esposo divino los corazones que libremente se le consagraron para siempre!

3. La castidad, dice Mons. Gay, en un hermoso pasaje que vamos á reproducir, es una virtud *austera, fuerte, varonil, celosa, delicada, difícil y á la vez llena de delicias*.

Es *austera*, porque mantener la paz y la ar-

(1) Si el voto es perpetuo y absoluto, está reservado al Soberano Pontífice; si es temporal ó condicional, no está comprendido en esta reserva.

monía en este cuerpo dividido y borrascoso que nos ha dejado el pecado, es positivamente domarle, y esto no se consigue sin tratarle duramente y, mejor dicho, sin maltratarle. Es también una virtud *fuerte*; lo necesita para ser austera y cumplir bien su oficio. Necesita también serlo para resistir á las seducciones que la rodean, pues tiene de particular y propio que casi siempre es asediada con lisonjas, y las armas más formidables que el enemigo usa contra ella son las ternuras y caricias. De ahí viene que sea una virtud *varonil*, y lo que recomienda con frecuencia la Escritura, de obrar varonilmente, tiene aquí aplicación directa.

Es también una virtud *celosa*: celosa por Dios, cuyos intereses defiende, cuya obra hace, cuyo imperio mantiene. Sus ojos son como una llama; su mano, como antorcha encendida; es semejante al querubín que guarda la entrada del paraíso terrenal. Al mismo tiempo es de una *delicadeza increíble*; aunque se la ve siempre armada y dispuesta á pelear, se parece á las palomas que huyen sólo con oír el ruido de algunos pasos; diríase que es una flor que oscila al soplo de la brisa, inclina su hermosa cabeza bajo la acción de un rayo de luz demasiado viva, y perece marchita al rigor de la más ligera helada.

Es *tímida* y fácilmente se sonroja; le gusta la obscuridad y se goza en ocultarse; vive de discreción, de precauciones, de régimen. Bajo este concepto, las virtudes que más le agradan son la humildad, la mortificación y la prudencia; lo cual prueba que, como decíamos, es *muy*

difícil. Es una virtud compleja, que supone otras muchas, y no puede prescindir de ellas, ni vivir sin su compañía, obligando al hombre á esfuerzos constantes; no puede, pues, ser una virtud que viva ociosa y se duerma. San Juan Climaco la llama *sublime negación de la naturaleza, ó más bien victoria conseguida sobre ella, y un noble desafío arrojado por un espíritu mortal á esos espíritus celestiales que no pueden morir*; todo esto no indica comodidad y bienandanza.

No obstante, á pesar de este trabajo que á menudo causa gran tormento, es una *virtud llena de delicias*. Por lo mismo que repudia y desdeña los placeres terrenales, se granjea los celestiales y prepara el alma para mejor sentirlos.

II

Belleza y ventajas de la castidad.

1. Aun á los ojos del mundo, que tan poco practica la castidad, esta virtud ciñe, al que la guarda con cuidado, de una aureola que inspira respeto.

La *Roma pagana* veneraba á las vírgenes que formaban para ella una clase aparte, en la que veían algo divino; les confiaba el encargo de conservar el fuego sagrado, y al encontrarlas en la calle el mayor de los romanos, aun cuando fuese emperador ó conquistador, se apeaba de su carro en señal de veneración. Si un condenado á muerte tenía la dicha de en-

contrar á una virgen en el camino que le conducía al suplicio, la virgen le tocaba y aquel condenado obtenía el perdón. Ese respeto procedía, según dice un autor antiguo, de que los romanos suponían que en las que permanecían vírgenes habitaba *la divinidad*.

2. Y á los ojos de la fe católica, ¡cómo resplandece en belleza y santidad esta castidad que sólo tiene todo el esplendor de su brillo y toda su integridad en el seno de la Iglesia! ¡Oh! exclama Salomón, *¡qué hermosa es la raza de las almas castas! Su memoria es eterna, y está siempre presente al corazón de Dios y al de los hombres!* (Sab., IV, 1.)

La virgen cristiana es la única que ofrece á la majestad del Dios tres veces santo el sacrificio completo de todo su sér, alma, cuerpo, corazón; sacrificio que se renueva todos los días; sacrificio que algunas veces perpetúa, en medio de los asaltos más terribles, hasta el último suspiro.

La virgen cristiana es *la esposa de Jesucristo*, á quien da voluntariamente todo lo que hubiera podido dar á otra criatura, sus pensamientos, amor, vida; levantando entre ella y as demás criaturas un muro que ninguna fuerza humana puede quebrantar, para serle siempre fiel y ponerse en la feliz necesidad de no pensar ni ocuparse más que en El, abandonando todo lo que hubiera podido apartarla un solo instante de su amor.

La virgen cristiana es *la hermana de los ángeles del cielo*, por *su voluntad* de ser pura como ellos; por *sus esfuerzos* para domar las

exigencias de su cuerpo; por *las funciones* que desempeña, consagrada á Dios para ejecutar sus órdenes. Y aún más dice san Bernardo: Si la castidad *del ángel* es más feliz, la de la *virgen* es más meritoria.

La virgen cristiana es *el sér más agradable á Dios aquí en la tierra*, porque es la que más se inclina á hacerse semejante á El; es *la sacerdotisa* de Dios, á quien ofrece un sacrificio perpetuo; es *el templo de Dios*, que no admite en sí nada que no sea puro; es *el altar de Dios*, sobre el cual se inmola como víctima; Dios le ha demostrado su afecto dando á su Hijo una *virgen por Madre*, lo más santo y hermoso que en su amor podía darle.

La virgen cristiana es *la asociada de la Santísima virgen María*; es su hija muy amada, su protegida, y sobre la cual derrama con preferencia sus gracias y favores, porque se le asemeja en lo que, aparte de la maternidad divina, forma de ella una criatura especial. María fué la primera en hacer voto y profesión de castidad absoluta y perpetua; siendo á la vez virgen y Madre, y Madre del Esposo de las vírgenes, tuvo por esposo un hombre virgen, por hijo adoptivo y apoyo de su viudez al discípulo virgen; la pureza parece ser el dominio propio de María.

III

Precauciones para conservar la castidad.

La castidad es delicada; es *un vaso frágil* que llevamos en las manos, á través de una

turba que se agita, se agolpa en tropel alrededor nuestro, y procura directamente derribarle de nuestras manos, romperle ó, cuando menos, mancharle.

Es menester, pues, que tomemos muchas *precauciones*. Estas precauciones, como ya veremos luego, se resumen particularmente en el fiel cumplimiento de todos nuestros deberes, y para cumplirlos con exacta fidelidad necesitamos mucha *vigilancia*.

Vigilancia sobre nuestros ejercicios de oración y frecuencia de los santos Sacramentos. La pureza es un dón del cielo. «*He comprendido—decía Salomón—que la continencia no está al alcance del hombre, y he ido á pedirselo al Autor de todos los dones.*» La Eucaristía es *el pan de los ángeles y el vino que engendra vírgenes*. La devoción á María es el muro donde se embotan los tiros del demonio. La fuga de las ocasiones es necesaria para evitar los pecados contra la pureza, pero *no basta*; la penitencia es necesaria también, pero *tampoco basta*. Solamente la gracia de Dios, dice el Apóstol, puede librarnos de la tiranía de la carne, y para conseguir esta gracia *es preciso pedirselo á María*.

Vigilancia para no dejarnos dominar por el demonio del orgullo, que nos impide hablar de nuestras tentaciones al confesor so pretexto de que no somos culpables; verdad es que en confesión sólo estamos obligados á decir *los pecados*, pero ¿cómo podrá un confesor ayudarnos, fortificarnos y prevenirnos, si no conoce *nuestras inclinaciones* y si no queremos decirle más

que lo que es *materia de absolución*? Rara vez son fuertes y virtuosas las que así se reconcentran en sí mismas, ya por amor propio, ya, como dicen ellas, por falta de confianza. Una de los mayores gracias que toda religiosa probada con tentaciones debería pedir á Dios, es *el estar bien con el confesor*. Esta es una gracia que Dios concede cuando se le pide con voluntad sincera de ser virtuosa y obediente.

Vigilancia sobre nuestros pensamientos para no admitir ninguno que pueda producir el menor menoscabo en nuestra inocencia, ninguno que sea enteramente *inútil*, ninguno *vago*; pensamientos sin objeto que flotan inciertos y nos arrastran á peligrosas ilusiones.

Vigilancia sobre nuestros deseos para no querer nada que pueda ofender al Espíritu Santo que reside en nosotros. ¿A qué desear, teniendo un padre que nos provee de todo?

Vigilancia sobre nuestros afectos para no admitir nada impuro ni aun extraño en un corazón que debe pertenecer sólo á nuestro Esposo y Salvador Jesús. Todo afecto que preocupe, por santo que sea, puede llegar á ser peligroso.

Vigilancia sobre nuestras miradas para prevenir la impresión de los objetos exteriores y el peligro de la seducción. La castidad está en nuestra alma como en un santuario; *nuestro cuerpo* es el recinto que le rodea; *nuestros ojos* son las puertas de este recinto. Vivamos alerta, porque allí está siempre el enemigo.

Vigilancia sobre la clausura, que, mal guardada, podría ser origen de muchas tentaciones.

Se guarda mal cuando están las ventanas entreabiertas, dejando ver lo que hay por fuera; cuando los muros del jardín son poco elevados, permitiendo que los extraños vean lo interior.

Vigilancia en los locutorios aun con nuestras familias, para que las noticias que nos dan, y las mismas preguntas que les hacemos dejándonos llevar de nuestra inclinación, no sean causa de delicadas y penosas tentaciones. ¡De cuántas turbaciones ha sido origen una visita demasiado larga, demasiado afectuosa ó enteramente ocupada en cosas fútiles!

Vigilancia sobre nuestras lecturas; sean siempre con permiso, en el tiempo señalado, y tengan siempre algún objeto realmente útil. No leamos periódicos, ni recojamos nunca para leer los pedacitos de papel que encontremos al paso.

Vigilancia en las tentaciones para combatir el atractivo del placer con una resistencia tranquila pero pronta, fuerte y generosa.

Vigilancia en las conversaciones para abstenernos de toda palabra contraria á la decencia, de toda pregunta curiosa sobre cosas que no nos conviene saber, de toda chanza que pudiera despertar alguna imagen que huela á coquetería, sensualidad, espíritu mundano.

Vigilancia sobre los afectos de complacencia que nos pueden presentar á la vista nuestra persona, nuestra habilidad, nuestros talentos, nuestra familia y hasta nuestra piedad.... «La virginidad en las almas—dice San Agustín—es un gran dón; pero cuanto más precioso es, tanto más hay que temer el escollo de la vana

complacencia.» La desconfianza de sí mismo previene las caídas deplorables de que nos ha dado tristísimos ejemplos hasta la misma soledad.

Vigilancia *en el trabajo*. La ociosidad es madre de todos los vicios y, particularmente, del vicio contrario á la pureza. El trabajo preserva de los delirios de la fantasía, doma la carne por la pena que siempre le acompaña, aleja las tentaciones ó las disipa fácilmente ocupando el espíritu.

Vigilancia *en nuestro porte*; vigilancia *en todo*; vigilancia *en todas partes*; vigilancia *con todos*, con las hermanas, con la superiora, con el confesor, y aun con nuestros parientes; vigilancia, sobre todo, con las personas á quienes por nuestro estado tenemos que *cuidar ó educar*, que son los enfermos, los pobres ó los niños. ¡ Ah! Indudablemente son para nosotros un manantial de gracias, pero también un semillero de tentaciones. Acerquémonos siempre á ellos con el respeto que se merece el *Ángel de la guarda* que los protege y nos contempla.

IV

Diferentes ilusiones sobre la castidad.

I.—PRIMERA ILUSIÓN

Creerse casta por no sentir inclinación al matrimonio.

La aversión natural al matrimonio no es motivo suficiente para tranquilizar á una religiosa sobre la castidad, pues sin ninguno de esos

pensamientos profanos puede olvidar el respeto que se debe á sí misma, olvidando estas enseñanzas de san Pablo: «*Haced que mueran los miembros del hombre terreno (los deseos y afectos pecaminosos) que hay en vosotros (Colosenses, III, 5), y no tratéis de contentar vuestra sensualidad ni satisfacer vuestros apetitos. (Rom., XIII, 14.) No somos deudores á la carne para vivir según la carne: si vivís según la carne, moriréis; mas si por medio del espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. (Rom., VIII, 12.) ¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno profanare el templo de Dios, Dios le perderá. (I Cor., III, 16.)*

¡Qué luces y qué instrucción en estas últimas palabras! «*Nuestros cuerpos son templos de Dios; luego el pudor—dice Tertuliano—debe ser el guarda y como el centinela, siempre vigilante para no admitir ningún pensamiento que pueda ponernos en riesgo de ofender á la majestad de Dios que habita en él, obligándole á abandonarle.*»

Oid todavía lo que dice el mismo Apóstol: «*No sólo nuestros cuerpos son templo de la Divinidad por la Creación, sino que además son por la Encarnación miembros de Jesucristo*» (I Cor., VI, 15), y por esta unión inefable del Verbo con la naturaleza humana han adquirido una nueva dignidad, han entrado en sociedad por naturaleza y gracia con el cuerpo de Jesucristo; y así como el suyo ha sido divinizado, también los nuestros han sido divinizados. ¿Quién, pues, continúa el Apóstol, se atre-

vería á profanar su cuerpo? Esto sería *quitarle á Jesucristo sus propios miembros*, y de puros y castos hacerlos impuros é inmundos como los de una mujer que ha violado sus deberes.

Esta es doctrina común á todos los cristianos, mas tiene para las religiosas una fuerza especial, porque vuestro cuerpo es más santo que el de los demás fieles; el voto de castidad que habéis hecho lo ha dedicado particularmente al servicio de Dios, y con esto ha adquirido una nueva consagración.

Ved, pues, qué respeto debéis tener á vuestro *cuerpo*, con qué honor y con qué reverencia debéis tratarle, sobre todo desde que, siendo admitidas con tanta frecuencia á la sagrada Mesa, sois en cierta manera el viril en que habita Jesucristo.

La modestia debe ser vuestra virtud predilecta y vuestro carácter dominante. Ante vuestras hermanas ó en la celda, á los ojos de los hombres ó de Dios solo que os siguen por doquiera, de noche como de día, en la salud como en la enfermedad, no os permitáis nada que pueda ofender á tan santa virtud, aunque sea levemente: *en la manera de vestiros, en los cuidados que tengáis que prestar á vosotras mismas ó á los demás.....*, hacedlo todo con mucha decencia y con gran recato; las que tienen poca delicadeza, se exponen á peligro de perder la castidad.

No queráis pasar en este punto por *poco escrupulosas*; indudablemente habéis de obrar con sencillez, pero también con prudencia y respetando al *Angel de la guarda*, tanto por lo

menos como respetaríais á una compañera. En materia de castidad nunca será censurable el exceso de precaución.

Así es como, según la hermosa expresión de san Pablo, *glorificaréis á Dios, llevándole en vuestro cuerpo*. (I Cor., VI, 20.)

2.—SEGUNDA ILUSIÓN

Creerse casta por no sentir tentaciones contra esta virtud.

No te fies de esa calma, más aparente que real, pues hay en ella un ardid del demonio que ha hecho muchas víctimas.

El demonio te deja en paz seis meses, un año quizá, para que descuides la vigilancia, te permitas lecturas, visitas y cierto abandono que en otros tiempos no te hubieras atrevido á permitirte, á fin de que, contentándote de ti misma, te dejes seducir por algún pensamiento de orgullo y te abandone Dios.

Ponte en guardia contra el demonio, que es un agresor insidioso: ora se oculta y apenas se deja ver; luego, como un ladrón, avanza á pasos contados, al abrigo del sueño en que te has sumido; ora, cuando se le creía muerto, resucita, aparece súbitamente y nos derriba.

Hay, en efecto, apoplejías morales y muertes repentinas para el alma como para el cuerpo. ¿Qué se necesita para provocarlas? *Una imprudencia, una palabra, una lectura, una entrevista*. Diez veces quizás habíamos hecho todo eso, lo habíamos visto, lo habíamos oído impunemente.....; es que el enemigo estaba es-

perando. El demonio prepara de antemano y por largo tiempo la caída de una alma, sobre todo de una alma religiosa, y si es necesario trabaja á este fin dos, tres, cuatro, diez años. Prevé los acontecimientos, espía las circunstancias, suscita relaciones, despierta simpatías.....

¡Oh! Por Dios, no os fiéis de vuestra virtud pasada ni de vuestra fuerza presente; velad y orad, á fin de que con el consentimiento de la voluntad no entréis en tentación.

3.—TERCERA ILUSIÓN

Creerse casta teniendo con una compañera amistaá demasiado afectuosa.

Al hablar de *la caridad* hemos indicado el peligro de estas amistades, que se llaman simplemente *amistades particulares*, pero que algunas veces se las podría llamar *amistades apasionadas*.

Al principio, la amistad con una hermana no es más que *afectuosa*; pero como está sólo fundada en la juventud, ó en las gracias exteriores, ó en la amabilidad, ó en los talentos que brillan, y se insinúa con expresiones de cariño, y ocupa el pensamiento durante el rezo y la oración, y se da á conocer con miradas continuas y familiaridades que se procura ocultar á los demás aunque no tengan nada de inconveniente, semejante amistad ha llegado á ser una *pasión*; ya no es la amistad casta y cristiana, es el principio del amor profano y sensual.

Así, ilustrada por la experiencia, una ilustre

fundadora del siglo XVII decía, quizá con demasiada dureza: «*En la religión deben amarse como ángeles, y huir unas de otras como de demonios.*»

Los *apegos del corazón*, si no se desarraigan desde un principio, duran algunas veces muchos años, y son más temibles para la castidad de lo que comúnmente se cree.

Al principio se *los disimula uno á sí mismo* y no quiere reconocerlos; se impone silencio á la conciencia, se rechazan los consejos, los avisos, las reprensiones, las prohibiciones de una superiora experimentada; y no creyendo en la enfermedad, no se toma ninguna precaución, ningún remedio para curarse.

Creyendo tener el derecho de perdonárselos *se los perdona fácilmente*, porque no faltan razones ó pretextos: *es un afecto legítimo; no tiene nada de sensual; me inclina al bien; rezo mejor con esta hermana, estando á su lado ó pensando en ella; no puedo vivir sin esta amistad.....* Y con todo esto, se hacen esas amistades cada día *más difíciles de romper*. Estas ataduras del corazón, al principio como *hilos de seda*, muy finitos y fáciles de cortar, poco á poco van tomando la forma de hilos entrelazados que forman una cuerda; luego llegan á ser aquella *cadena de hierro* de que habla san Agustín, y que tanto le costó romper.

¡Oh hermana! ¡cuán dichosa serías si conocieras la paz y el sosiego que disfruta el alma que ha sabido deshacerse de todos esos lazos para unirse sólo con Dios! Esta alma goza de tranquilidad, libertad, dulzura, luz, y Dios se

le descubre, y se le manifiesta y la ama..... ¡Oh! Entonces, y solamente entonces, es cuando la vida religiosa es el reflejo de la vida del cielo, y la casa en que se vive la antesala del Paraíso.

Oid la doctrina de san Francisco de Sales sobre este asunto. Se aplica particularmente á las amistades con las personas extrañas, pero debe entenderse también de las amistades entre religiosas: «Frecuentemente engaña Satanás á los que se aman. Se empieza por el amor virtuoso; pero como no se tomen prudentes precauciones, pronto se mezclará con él el amor frívolo, luego el amor sensual, y, por fin, el amor carnal. Sí; aun en el amor espiritual hay peligro para el que no sabe armarse de vigilancia y desconfianza.....»

«Cuando el demonio intenta corromper ese amor espiritual, lo hace con mucha astucia, procurando que se deslicen insensiblemente en el corazón algunas disposiciones poco favorables á la pureza.... Por eso digo yo muy alto á todo el que quiera oírme: *Romped, rasgad, cortad*; no os entretengáis en descoser esas locas amistades, ni en desatar sus ligaduras; es menester aplicarles el hierro y el fuego; no debe andarse en contemplaciones con un amor que es contrario al amor de Dios.»

4.—CUARTA ILUSIÓN

Creerse casta permitiéndose algunas familiaridades mundanas.

Vamos ahora á dejar la palabra á san Vicente de Paúl, al dirigirse á sus queridas Hijas de la Caridad.

«Uno de los vicios de la cordialidad es el no tenerla y aparecer duras é intratables, poniendo un rostro triste y sombrío que hiela el corazón de los que se llegan á vosotras.

«Otro vicio de la cordialidad es el exceso de cordialidad; por ejemplo, cuando una joven manifiesta á otra el afecto que le tiene con estas ó semejantes palabras: «Mira cuánto te quiero», y la coge de la mano ó por la cintura y la abraza. Todo esto es vicioso entre hermanas, y este vicio sería mayor todavía si se hiciera con personas extrañas.... Acordaos, hijas mías, del fundamento que hemos puesto, esto es, que la virtud está siempre entre dos vicios. Por eso el exceso en manifestar afecto á una persona es una cordialidad, pero una cordialidad excesiva y viciosa; y mostrarse triste, taciturna, no manifestar ningún afecto, es el otro exceso, el otro vicio de la cordialidad.

«Cuando conversáis con el prójimo y cuando servís á los enfermos, es menester que os ejercitéis en esta cordialidad; empero juntad la cordialidad con el respeto, teniendo presente que estas dos virtudes, cordialidad y respeto, deben hallarse siempre en las Hijas de la Caridad, sin que esté nunca la una sin la otra,

porque si tratáis á una persona sólo con cordialidad le faltáis al respeto, y si sólo le tenéis respeto faltáis á la cordialidad. Resolved, pues, á manifestar á la vez respeto y cordialidad.»

En otra conferencia, decía san Vicente de Paúl: «Bueno es recrearse, pero modestamente, guardándose de risas excesivas y gestos inconvenientes, como lo aconseja san Pablo: «*Re-gocijaos, pero de suerte que no desaparezca la modestia*», guardándose de tocarse unas á otras. ¡Oh, Dios mío! Tened cuidado en eso, hijas mías, pues el demonio ha puesto ahí un lazo que no veis..... No os abracéis nunca, á menos que la caridad lo reclame, como, por ejemplo, cuando se abraza á las que acaban de entrar, ó se hacen las paces de reconciliación después de haberse disgustado. Esta última práctica es muy buena y os la recomiendo, y debéis usar de ella aun cuando sintáis que el corazón se resiste. ¡Oh, qué hermoso y santo es el abrazo de la reconciliación!»

5.—QUINTA ILUSIÓN

Creerse casta permitiéndose indistintamente toda clase de lecturas.

Hay mucho peligro para la religiosa en las lecturas cuando procede sin discernimiento, sin prudencia, y, sobre todo, sin permiso y casi á escondidas.

Bien sabemos que las comunidades no tienen libros malos, y que los que podrían ofrecer al-

gún peligro, como son especialmente para la superiora y la enfermera, están cuidadosamente guardados; pero directa ó indirectamente se introducen *diarios*, y aun en los *periódicos católicos*, como no sean *semanarios religiosos*, hay páginas que podrían lastimar la delicadeza de un corazón que se ha dado á Dios; en los *demás papeles* que penetran en el convento, prestados en el locutorio para leer un artículo que parecía útil ó envolviendo paquetes, hay *rasgos, noticias y relatos* capaces de producir graves perturbaciones. Algunas inquietudes de conciencia y tentaciones han tenido origen en las páginas de un folletín que se leyó por curiosidad.

Procura ser muy cauta, porque la pendiente es muy resbaladiza é imperiosa la curiosidad. No digas: *nada más que esto*; que es muy difícil detenerse cuando nos arrastran los sentidos, y se recurre á mil ardides para proporcionarse la continuación de una novela que interesa.

«Arroja, también—dice el P. Valuy—esos libros de invención moderna que se dirigen á la mujer con visible preferencia, predicándola con mucha dulzura una devoción muelle y sentimental; tales escritos no harán nunca santos, pero muchas veces harán almas sensuales.»

Debes también arrojar ciertas novelas piadosas que desarrollan demasiado la imaginación, lanzándola lejos de la realidad y austeridades de la religión y de la vida, en el mundo de las ilusiones y de las quimeras.

Los *libros clásicos*, particularmente las *his-*